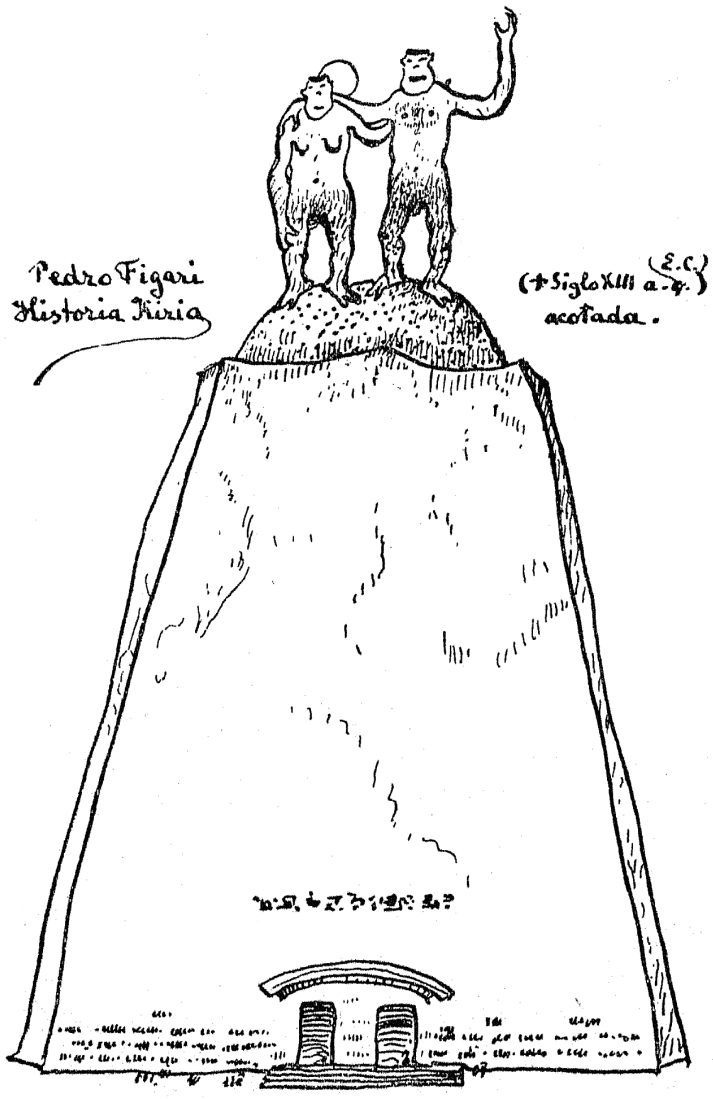
CULTURA

"Historia kiria", de Pedro Figari: exposición y reedición

Una meditación risueña,

Desde el pasado 5 de diciembre y hasta marzo del año que viene el Museo Figari ofrece una exposición de 50 pequeños dibujos que fueron concebidos para el libro **Historia kiria**, que Figari publicó originalmente en París en 1930. El propio museo reeditó además el libro, con una presentación muy cuidada que incluye un epílogo de su director, Pablo Thiago Rocca. Además, las argumentaciones de Figari en contra de la pena de muerte, reunidas en otro libro, confluyen para una evocación de algunas facetas artísticas y humanas del maestro.



Aníbal Corti

1.

Antes de destacarse notablemente como pintor (actividad a la que se dedicó de lleno cuando ya casi era un sexagenario), Pedro Figari (1861-1938) tuvo una intensa actividad pública. Fue abogado, político, periodista, pedagogo y filósofo. Se recibió de doctor en jurisprudencia en 1885 y cuatro años más tarde fue designado defensor de pobres en lo civil y lo criminal, cargo que ocupó hasta 1897. Su caso más célebre fue la defensa del alférez Enrique Almeida, acusado falsamente de haber cometido un asesinato que fue muy sonado en la época. En 1893 fundó el diario liberal colorado *El Deber*. Dentro de su actividad periodística se destacan los 22 artículos que publicó en 1905 en el diario *El Siglo* y que resultaron definitorios para que se aboliera la pena de muerte en Uruguay (véase nota adjunta). En 1897 fue electo diputado por el departamento de Rocha en representación del Partido Colorado y más tarde lo sería en dos oportunidades (1900 y 1902) por el entonces departamento de Minas, hoy Lavalleja. En esos años presentó un proyecto de ley para la creación de una escuela de bellas artes, se desempeñó como consejero de Estado, fue nombrado abogado asesor del Departamento

Nacional de Ingenieros, integró el Consejo Penitenciario y presidió el Ateneo de Montevideo, entre otras actividades. Entre los años 1915 y 1917 ocupó el cargo de director provisional de la Escuela Nacional de Artes y Oficios. En su calidad de director de esa escuela, escribió y publicó su **Plan general de la enseñanza industrial**.

Amén de todo lo anterior, Figari fue un pensador profundo y original. En 1912 publicó su primer y más ambicioso trabajo filosófico: un grueso volumen de casi seiscientas páginas titulado **Arte, estética, ideal**. El trabajo no tuvo mayor repercusión en nuestro país, donde fue prácticamente ignorado. Fue traducido sin embargo al francés por Charles Lesca y se publicó bajo el título de **Art, esthétique, idéal** en París en 1920, con un prólogo de Henri Delacroix. Esta traducción francesa fue reeditada en 1926, con una nota preliminar de Desiré Roustan, con el título original remplazado por el de **Essai de philosophie biologique**, más expresivo no sólo de su orientación doctrinaria sino también de la generalidad de su contenido, como señaló Ardao. Proyectado inicialmente como un ensayo de estética, se convirtió sobre la marcha en un ensayo de filosofía general, con énfasis en la teoría del conocimiento, la antropología filosófica, la filosofía de la religión y la moral.

En tanto que filósofo, Figari es un naturalista y un evolucionista. Un naturalista, porque piensa que todos los fenómenos reales son naturales. Esto es: que no existe una realidad sobrenatural. Un evolucionista, por su parte, porque afirma que sólo por la cantidad y no por la calidad (por el grado de evolución y no por diferencias esenciales) difieren los distintos órdenes de seres y cosas. Esto es: que no existe una discontinuidad en la naturaleza. La conciencia del ser humano y todas las otras formas de su actividad psíquica están, por lo tanto, en estricta continuidad (y su diferencia es meramente de grado, pero no de esencia o de naturaleza) con las capacidades del resto de los animales, incluso los menos evolucionados. El humano, para Figari, es simplemente un ser natural, plenamente integrado al conjunto del universo físico (la materia inanimada) y biológico (los demás seres vivo). Sus acciones y sus capacidades continúan y (en alguna medida) culminan otros procesos puramente naturales. Figari sostiene también una concepción naturalista de la moral. Es decir, cree en la existencia de un orden moral natural y objetivo, que puede ser conocido a través de la investigación empírica, al igual que todas las demás características objetivas del mundo natural. El humano es un ser natural y su moral es una parte objetiva de su propia naturaleza, de su propia constitución o esencia, no algo que le venga impuesto desde fuera, de forma sobrenatural.

Figari es un crítico feroz del pensamiento sobrenaturalista en general y del espíritu religioso en particular. Desde su punto de vista, las concepciones sobrenaturales del hombre tienden a sustraerlo falsamente de su ambiente natural, a inducir un hiato entre su propia naturaleza y el resto del universo. El espíritu científico, por el contrario, tiende a devolverlo a la realidad natural a la que pertenece, haciéndole conocer las leyes de su propia organización, así como las que rigen al conjunto del universo. El espíritu científico le hace comprender al hombre las aspiraciones comunes a todos los organismos conocidos, y lo induce a descubrir las causas que determinan los vínculos de solidaridad que ligan a los seres que conviven socialmente, lo cual facilita el dominio humano y encauza su actividad dentro de formas cada vez más racionales, más eficaces y, por lo tanto, moralmente mejores. Lo moralmente bueno es, pues, actuar de acuerdo a la naturaleza, y lo moralmente malo actuar contra ella o enajenarse de ella. Bajo el imperio de la actitud progresista y progresiva que el verdadero conocimiento del mundo induce en el hombre, van esfumándose en la conciencia humana los viejos dogmas ideológicos, los viejos prejuicios egocéntricos que lo sitúan fuera del mundo natural y por encima de las demás criaturas y procesos naturales. Bajo el imperio de la razón y del conocimiento empírico van esfumándose entonces las trabas que desvían al hombre de su realización integral.

Las viñetas que ilustran esta nota fueron realizadas por Figari para la primera edición de **Historia kiria.**

2.

Próximo a cumplir los 70 años y ya reconocido como un gran pintor en el París de entreguerras (donde se encontraba voluntariamente exiliado), Figari publicó en 1930 **Historia kiria**, una singular novela utópica. O algo parecido. Al inicio de la obra un narrador (que naturalmente es asociado con el propio autor) cuenta que, andando una maña-

pero desencantada

Dibujo Ombú

na por los malecones del Sena, compró a un mercader por un puñado de francos un abultado legajo de viejos papeles escritos a mano en una lengua desconocida e ilustrados con pequeños dibujitos. El personaje explica que fue entonces al encuentro del políglota Alí Biaba, quien le indicó que aquel texto estaba escrito en caldeo antiguo y que contaba la historia del pueblo kirio, el menos conocido y el más original e interesante de la más remota antigüedad. Se indica que ambos se dispusieron allí mismo a la tarea de descifrar el manuscrito. Alí Biaba haría en voz alta la traducción y el narrador iría tomando notas. El resto del libro se presenta como el resultado de esa primera lectura. En 40 capítulos se dan a conocer la ideología, las peculiaridades y costumbres, las fiestas, el sistema político, la espiritualidad, la música, el baile, el amor, la muerte, la educación y otros aspectos de la vida del pueblo kirio. El tono general de la obra es ingenioso y burlón, incluso liviano. Pero las enseñanzas que Figari extrae de su examen de las costumbres del pueblo kirio (que se enuncian al final del libro, en el Epílogo) son graves y desencantadas.

El Figari de **Arte, estética, ideal** expresa una confianza optimista en el progreso de la humanidad, en el florecimiento general de las capacidades humanas con la ayuda de la ciencia y la tecnología; el Figari de **Historia kiria** manifiesta graves reservas a este respecto y habla lisa y llanamente de un estado de bancarrota de la civilización humana.

Vaya como fundamento de la primera afirmación la siguiente cita de **Arte, estética, ideal**: *"De edad en edad, de época en época, de centuria en centuria, el hombre ha realizado progresos más o menos sensibles, pero siempre sensibles. ¿Qué razones podrían aducirse, pues, para negar que la actividad tiende naturalmente a mejorar la condición humana y a fundamentar la suerte de las generaciones subsiguientes? Si bien todavía hay pueblos que han quedado inmovilizados, petrificados, podría decirse, con respecto a los más reformados por la civilización, este hecho no contradice la conclusión antedicha. Y esa misma inmovilidad es más aparente que real. Acaso la consideramos así a causa de una ilusión semejante a la que experimentan los que avanzan con respecto a los que marchan menos a prisa, y aun cuando fuera completo el estancamiento, no sería definitivo, ni puede reputarse tampoco como una negación de la evolutividad humana. Tomando a la humanidad en sus lineamientos generales, siempre puede verse que el progreso es su ley fundamental. A pesar de todos los diques y trabas que la tradición ha pretendido oponerle, el hombre avanza incesantemente, y lo hace cada vez con mayor conciencia de que es ésa su vía mejor, y vemos así que sus guías mentales, siempre que preconizaron el estancamiento como lo mejor, por más acreditados que estuviesen, fueron desoídos hasta por sus propios prosélitos, debido a que la ley natural impera a pesar de todo y por encima de todo".*

Vaya como fundamento de la segunda afirmación esta cita de **Historia kiria**: *"Una sucesión ininterrumpida de problemas sociales, morales y políticos, todos fundamentales e imprevistos, nos va despertando a la realidad cuando pensábamos haber llegado efectivamente a un alto grado de cultura, y nos despierta a una realidad insospechada, y triste, pues nos desmonta de nuestras posiciones ilusorias y nos obliga a vivir en estado de pesadilla.* (...) *Toda la añeja mentalidad nos va arreando en la vida hacia el infierno: la religión, la moral, la ley, la política, y con ello el propio progreso, las medidas fiscales, municipales, policiales, todo se va entenebreciendo sin dejarnos ver siquiera un claro promisor. Por doquiera se advierte un esfuerzo ciclópeo, mas no auspicioso, sino dispuesto más bien a impedir un derrumbe, se diría, o a contener las aguas de un río en desborde, dispuesto a arrollarnos. No es un esfuerzo hecho para consolidar y mejorar nuestras posiciones, no, pues fuera de no ser firmes, son bien poco halagadoras, y eso que nos hemos podido acostumbrar a ellas. Es que nuestro ser, como natural, nos incita a adaptarnos a la vida de la naturaleza, en tanto que nuestra mentalidad, arbitraria, puja para desprendernos.* (...) *Las más viejas creencias gratuitas, las más infecundas, pretenden aun hoy regir el proceso natural humano, orgánico, ineluctable, ineluctablemente orgánico, y como un lujo de inteligencia se las quiere sobreponer al juicio, a las comprobaciones de la ciencia experimental, a un mayor conocimiento de nuestro ambiente que es y no puede ser otro que la naturaleza. De ahí esta crisis total de la civilización humana en pleno apogeo de conquistas materiales y recursos, no ya de conquistas espirituales, además, que no pueden prosperar ni depararnos una mayor emancipación mental por cuanto nos sentimos aún esclavizados por las visiones pretéritas".*

El Figari de **Historia kiria** no ha abandonado los principios filosóficos que enunció y defendió en **Arte, estética, ideal**. Sigue siendo un naturalista, sigue siendo un evolucionista, sigue creyendo en la existencia de un orden moral natural y objetivo, accesible a través de la razón y de la investigación empírica. Sigue pensando que el origen de todos los males que aquejan al ser humano es su alejamiento de la naturaleza, con sus consecuencias ideológicas: la creencia en una falsa excepcionalidad que lo sitúa imaginariamente fuera del mundo empírico y que lo lleva a concebir la vida terrenal como antesala de una existencia sobrenatural ulterior. Pero ahora su ánimo se ha ensombrecido. Su confianza en el progreso se ha resentido notablemente. Ya no cree que la humanidad avance inconteniblemente hacia la plena realización de su propia naturaleza.

Figari piensa ahora que las directrices ideológicas erróneas que han guiado el desarrollo humano están minando las bases de la civilización misma. Si en **Arte, estética, ideal** creía que el progreso era la ley fundamental de la vida y que la propia evolución de la existencia humana acabaría por derrotar más tarde o más temprano al egocentrismo sobrenaturalista, ahora cree que todos los ordenamientos humanos, dispuestos con arreglo a esa falsa creencia, se encuentran en una situación cada vez más inestable y tambaleante. Figari, en suma, ya no cree en el progreso como ley inexorable de la naturaleza. ¿Qué ha ocurrido? ¿Qué ha ensombrecido el ánimo del autor?

3.

Figari emprende la escritura de **Historia kiria** siendo casi un septuagenario y teniendo que cargar

▶

sobre su alma con la muerte en 1927 (por complicaciones derivadas de una infección en el oído) de su hijo y estrecho colaborador Juan Carlos Figari Castro. Pero el pesimismo de Figari (o en todo caso la ausencia del optimismo que lo había caracterizado en el pasado) quizás no se deba a su avanzada edad ni a las circunstancias de su entorno personal y afectivo, sino más bien al momento del mundo en que vivía. Entre la redacción de **Arte, estética, ideal** y la de **Historia kiria** ocurrió en el mundo un hecho de la máxima importancia desde el punto de vista civilizatorio: esa catástrofe europea que se conoce como Primera Guerra Mundial. Hay indicios de que el ensombrecimiento del ánimo filosófico de Figari puede haber tenido que ver con ese hecho.

Considérese el siguiente pasaje: *"El aturdido empirismo director, que comenzó por desconocer la preeminencia de la necesidad orgánica, ésa, esencial, fue conduciendo hacia las formas arbitrarias, y, a fuerza de andar, nos hemos habituado a adorar el recurso en sí. De esta suerte hemos llegado a considerar sin sublevarnos dentro de nuestra 'civilización y cultura', las mayores subversiones, los más atroces atentados y monstruosidades. Sin que los parisinos hubiesen asado todavía para comer a un solo berlinés, amanecía el famoso Bertha lanzando bombas mortíferas sobre París, y las naciones y los hombres se hallaban más sorprendidos por la proeza técnica que por la barbarie de dicho gesto, lo que sobrepuja toda otra obliteración moral.* (...) *Es que, de antiguo, con ofuscación más que salvaje estulta, se admiró la hazaña técnica sin atender a la procedencia de la necesidad o aspiración a que accedía, y ahí, en esa falsa ruta, se edificó nuestra mentalidad. Ese es el escollo donde damos testaradas, mientras la vida humana perdió sus mayores y mejores encantos. En otras palabras, es la más descarada inmoralidad".*

Si la hipótesis que se maneja aquí es correcta, fue entonces la Primera Guerra Mundial, con su enorme despliegue de medios científicos y tecnológicos al servicio de la barbarie, lo que en última instancia despertó en Figari la conciencia acerca de la confusión de la humanidad entre medios y fines. Si antes de la guerra había creído en la ley inexorable del progreso, para los años de posguerra posiblemente se hubiera convencido de que la humanidad había desarrollado ya herramientas tecnológicas suficientemente poderosas como para inducir en un futuro próximo su propia destrucción, incluso antes de que el espíritu científico pudiera reconducirla hacia la senda de la naturaleza, que nunca debió abandonar. Figari murió en Montevideo en 1938, un año antes de que una nueva barbarie se ciñera sobre la humanidad. ■

Historia kiria, *de Pedro Figari.* Museo Figari, Montevideo, 2013. 288 págs. Epílogo de Pablo Thiago Rocca.

Figari y su lucha contra la pena de muerte

Ana Inés Larre Borges

No faltan piezas antológicas escritas contra la pena de muerte. Recuerdo una de Borges y otra no menos buena de Leonardo Sciascia. En este volumen es nuestro Pedro Figari quien escribe un libro entero para oponerse al asesinato legalizado de la pena capital. El origen de los textos está en una conferencia dada en El Ateneo en 1903 y en los artículos periodísticos y la polémica que el autor sostuvo en 1905 en el diario *El Siglo*, ya compilada en ocasión de la abolición de la pena de muerte en Uruguay en 1907, bajo el gobierno de Claudio Williman.

Las fechas importan: la pelea de Figari se libró contra una opinión pública mundialmente favorable a la pena capital, tanto así que uno de sus argumentos se centra en desarmar y contradecir la presunción de por qué habríamos de abolir algo que las naciones cultas y evolucionadas de Europa todavía sostienen. Borges o Sciascia escribieron cuando ya existía una larga tradición humanista que juzga aberrante que el Estado mate (aunque la guerra u otras experiencias límite hayan reinstalado el debate), y por eso pueden jugar con la ironía, seducir, hacer estilo. Al doctor Figari, en cambio, le tocó persuadir, levantar argumentos, acumular razones como ladrillos para fabricar un dique con el que oponerse a una naturalización del crimen institucionalizado por el Estado. Por eso hoy es posible que la primera reacción ante la lectura de este libro para un uruguayo progresista sea: ¡necesitamos un Figari para combatir el intento de bajar la edad de penalización en Uruguay! Así parece entenderlo el prologuista, Agustín Courtoisie, que dedica la mitad de su introducción a discutir temas de seguridad ciudadana muy actuales y locales. No es improbable que estas preocupaciones actuales sean la razón del oportuno rescate de un Figari abolicionista. Los argumentos de ayer se repiten hoy de uno y otro lado: de un lado quienes creen que la mayor severidad del castigo va a disuadir a los hombres de delinquir, y del otro los que opinan que en la raíz de la criminalidad está la inequidad social. Courtoisie llega por ese camino a discutir los informes de Garcé sobre el sistema carcelario uruguayo. Y repara en un rasgo triste de nuestra identidad: si Uruguay tuviese la misma proporción de presos de Argentina o Brasil debería tener 6 o 7 mil presos y no los 10 mil que tiene.

Fuera de esa traslación hacia el presente, el libro tiene un interés autónomo. *"Como penalista* –señala el prologuista–, *Pedro Figari reúne los mismos atributos que en los demás terrenos donde ejercitó su inteligencia* (…) *muestras abundantes de ser un hombre de pensamiento original y, a la vez, un hombre práctico, extraordinariamente atento a la experiencia vital."* Esa vitalidad que abruma en su biografía cuando pensamos que fue recién a los 60 años que se dedicó a la pintura por la que es famoso, es la que seguramente hace que se detenga a contar casos y cosas vivas en el momento de argumentar por una causa. Uno de los argumentos que se impone rebatir es el de la ejemplaridad de la pena de muerte. Manejando estadísticas de varios países europeos, Figari señala que 90 por ciento de los criminales convictos habían presenciado ejecuciones públicas, pero que a ninguno alcanzó a amedrentarlo la escena del patíbulo a la hora de cometer su crimen. Al referir casos uruguayos, Figari es aun más contundente. Está convencido de que, acostumbrados a pelear en las guerras civiles, nuestros paisanos no temen a la muerte y, por el contrario, la condena les da la oportunidad de mostrar su valor de manera análoga a la pelea. *"En Uruguay, los condenados murieron entre ovaciones estruendosas",* escribe. Recupera varias anécdotas de esa sensibilidad bárbara que muestran el coraje de los condenados y el orgullo de madres que esperan ver el valor de sus hijos ante el pelotón de fusilamiento. Cuenta el caso de un gaucho que pidió que no le vendaran los ojos y se abrió el chaleco con soberbia para poner el pecho ante las balas. Es además fino su análisis del efecto que las ejecuciones tienen en el público, que va en busca de las mismas emociones fuertes que encontraba en las corridas de toros antes de que fueran prohibidas. Hay quienes sólo han tenido oportunidad de asistir a la belleza de un amanecer en esas ocasiones en que madrugan para no perderse una ejecución, señala con melancolía. En otros casos cuenta cómo alrededor de esas ejecuciones se montan fiestas y desbordes: un caso en Palmitas incluyó carreras, música y hasta un asado con cuero del que se reservó una porción especial para el hombre del día. La consecuencia de todo eso no podría ser más que la bestialización de los asistentes. Figari no puede dar nada por sentado, y eso hace que se adelante a los posibles argumentos de sus adversarios. En una de sus últimas intervenciones recusa la acusación de "sentimentalidad" que según percibe se ha vuelto aceptable en *"estos tiempos positivistas que corremos"*. Acusa a una clase social: si la pena capital en lugar de sancionar los homicidios violentos típicos de las clases populares rigiese para castigar el fraude y el peculado que cometen los ricos y educados, ha tiempo que se hubiese abolido. En su recorrido argumental también se plantea si es más eficaz educar a un hombre en el rigor del castigo o a través de la persuasión del amor. Sorprendentemente, Figari lo explica recurriendo a las cebras. Dice que por mucho tiempo se las creyó imposibles de ser domesticadas, hasta que alguien probó el procedimiento de la dulzura. Los argumentos, como se ve, son de Figari y de su tiempo, y seducen por esa doble vía inesperada. Luego de describir el aislamiento de los hombres de campo, de señalar que por las tareas que hacen van siempre armados y disponen de su facón para solucionar sus conflictos, concluye: *"Pues bien: demos periódicamente a estos seres el espectáculo aparatoso de un fusilamiento, agreguemos a su despoblado cerebro las imágenes emocionantes de las agonías humanas, idealizadas todavía por el heroísmo o por el martirio, y habremos preparado admirablemente al criminal"*. En la conferencia del Ateneo vuelve a imponerse la actualidad de su pensamiento cuando calibra la incidencia de la variable educativa: *"Acaso no haya un factor más formidable de criminalidad que el analfabetismo* –razona–, *los datos estadísticos indican que por cada cien delincuentes unos 85 o 90 son analfabetos y gentes que apenas deletrean. ¿Es justo, es noble, es digno abrirles una escuela, su única escuela, en el banquillo de ajusticiar?"*.

El libro no recupera los argumentos de los contendientes que entonces defendían la pena de muerte, los doctores Salgado e Irureta Goyena; pero sus posiciones retrógradas comparecen como fantasmas a través de la perseverante y casi machacona pluma de Figari. Y el lector siente que merecen el olvido, tanto como este Figari todavía lejano a los pinceles merecía ser recuperado.

Sobre la edición, dos comentarios. Uno: faltó corrección, hay muchas erratas sin duda provenientes del escaneo que "levantó" el texto para ser editado; dos: es muy extraña la colección que ampara este título y que, según un listado final de volúmenes publicados, va ya por el libro 55. Editados, según reza el colofón, por *"el Consejo de Educación Técnico Profesional"* de la Universidad del Trabajo del Uruguay, no sorprende que varios de los títulos correspondan a Figari, que fue el ideólogo y director de la Escuela de Artes y Oficios; entre ellos **Cuentos**, **Historia Kiria**, los tres tomos de **Arte, estética, ideal**. Pero no deja de sorprender la heterodoxia en que conviven varios clásicos nacionales (Quiroga, Eduardo Acevedo, Espínola, Morosoli), un libro de Einstein (el primero editado), junto a obras de Joselo Olascuaga, Horacio Bernardo y libros de los hermanos Courtoisie: **A ciencia cierta**, de Agustín Courtoisie, tres títulos de la autoría (o coautoría) del poeta Rafael Courtoisie, y un ensayo sobre su poesía que firma Mariela Nigro. ■

Pedro Figari. La campaña contra la pena de muerte. *Selección de textos y prólogo de Agustín Courtoisie.* Ministerio de Relaciones Exteriores y Consejo de Educación Técnico y Profesional, Universidad del Trabajo del Uruguay, Suat, Montevideo, 2013.